
REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO

Efectos morales del Espiritismo (conclusión).—Bouddha.—Amor cristiano.—Estudios sobre la historia de nuestro siglo: VIII, La Europa contemporánea.—La historia de la Tierra.—Los terremotos de España (conclusión).—Crónica.

EFFECTOS MORALES DEL ESPIRITISMO

(*Conclusión*)

Esta comparación quebrantaba el espiritualismo, que se sentía desfallecer. Y desfallecía no sólo á impulsos de las arremetidas positivistas, sino también porque llevaba en su seno la causa y el secreto de su debilidad, porque no podía oponer un método al método positivista, porque siguiendo el consejo de Demócrito, los filósofos espiritualistas cerraban los ojos para no percibir el mundo exterior, porque se privaban de los sentidos en la investigación de la verdad, porque encerrados dentro el mundo de su espíritu, abstraídos en el estudio de los fenómenos internos, creaban una psicología sin bases sólidas, una metafísica sin fuerza real, apreciando el alma más como una abstracción que como una fuerza, más como una idea, una sombra de la realidad, un fantasma con atributos ideales, con facultades vaporosas, que como una unidad sustancial dotada de medios de acción y manifestación. Por estos motivos era lógico presumir que inclinándose el pensamiento como se inclinaba á la teoría y doctrina que le diera la certidumbre de las cosas, la verdad, cansada como estaba de simulacros y apariencias que sólo errores contenían, rechazara la metafísica y se acogiera á la moderna psicología, que explica por caprichosos movimientos de células, por incomprensibles estados de conciencia, por combinaciones químicas, más ó menos ingeniosas por la acción de los nervios ó por corrientes de electricidad, las más nobles manifestaciones del sér pensante, los hermosos frutos de su trabajo misterioso y el fecundo resultado de sus elevadas funciones. Era evidente que, como dice un notable escritor y eminente sabio: «presintiéndose en nuestra época

como universalmente se presiente el papel y la capacidad de la ciencia, compréndese que no hay salvación fuera de ella y que la humanidad tanto tiempo agitada por el océano de la ignorancia, no tiene más que un punto de salvación: la tierra firme del saber. » Y como por otra parte al método opuesto del que empleaba el espiritualismo eran debidos los grandes progresos de las ciencias naturales, reivindicando el positivismo para la filosofía la aplicación del método experimental, quedaba el espiritualismo fuera de la corriente de las ideas modernas, debiendo acogerse para salvarse en los espíritus débiles é ignorantes, última etapa de su decadencia.

Era necesario, pues, dado el estado de la lucha que las dos tendencias sostenían, si el espiritualismo pretendía vigorizarse y si debía salvarse la civilización, que brotara un nuevo elemento de vida que permitiera la aplicación á los problemas filosóficos del método experimental; era necesario que fueran hechos reales y tangibles los que demostraran la existencia é inmortalidad del alma, era necesario quitar esta razón de existencia al positivismo, á fin de que los espíritus indecisos, los pensamientos vacilantes, se inclinaran definitivamente del lado del espiritualismo y este obtuviera en último término la victoria, como á premio de sus heroicos esfuerzos. Pero exigía el pensamiento moderno, para declararse decididamente partidario y defensor acérrimo de la doctrina espiritualista, que la existencia é inmortalidad del alma se demostrara como la ciencia había demostrado la inercia, el movimiento, la gravedad, la circulación de la materia y tantas otras leyes y principios que constituyen el título de gloria del método experimental. Para esto se manifestaron en toda su pujanza y fuerza, la serie de fenómenos espiritistas.

Empezaron á moverse mesas, á producirse ruidos extraños, golpes secos contundentes, circularon mil extraños rumores; la atmósfera estaba llena de sombras; en los bosques, en los árboles, en las aguas, dentro de las casas, en lugares desiertos, en sitios públicos y concurridos, mil voces extrañas se oían, como si realmente estuvieran habitados por seres mil, invisibles cuasi siempre, visibles sólo en ocasiones, como si las náyades, dríadas, hamayades, los lares y penates, los gnomos y los trolls, toda esta pléyade de divinidades secundarias con que la imaginación exuberante de los antiguos adornó sus poéticas mitologías, despertaran de su largo sueño para prevenir á la humanidad de su existencia y realidad. Las apariciones de seres sin apariencia, se multiplicaron, los ruidos se hicieron más frecuentes. La humanidad asombrada seguía con cierta curiosidad mezclada de terror el curso de este nuevo acontecimiento, sin comprender su significación y sin penetrar su verdadero alcance. ¿Qué surgiría de esta nube de fenómenos, qué de este cúmulo de prodigios? Pronto se supo. Tratábase de las almas ó mejor de los espíritus que vivían con nosotros sin saberlo nosotros, de un mundo que coexistía con el nuestro, influyendo en todos sentidos

sobre nuestras facultades y movimientos; tratábase, en fin, de una humanidad que quería manifestarse, darse á conocer porque el fruto estaba ya maduro, porque los tiempos se acercaban, porque convenia arraigar de una vez para siempre en la conciencia humana la certidumbre de su propia doctrina.

Hablaron los espíritus y brotaron de aquella multitud de fenómenos más brillantes que las estrellas, más numerosos que las arenas del mar, sorprendentes ideas que á manera de rocío bienhechor caían en la seca y árida conciencia humana. Desde este momento dejaba de peligrar el espiritualismo: los principios de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma estaban certificados por los sentidos y por la conciencia. No era posible el error. Empero, á fin de que el Espiritismo diera todos sus frutos, era menester que se emprendiera un trabajo de organización. Para ello se necesitaba un hombre de excepcionales condiciones.

El hombre fué Kardec, que organizó á manera y forma de ciencia experimental el cúmulo de fenómenos examinados y comprobados minuciosamente; emprendiendo, para conseguir tal resultado, el difícilísimo trabajo que le dará eterno renombre, trabajo difícil, no por la escasez sino por la abundancia misma de materiales, difícil por la atención constante que requería, difícil para evitar exageraciones que, dada la índole del fenómeno y la propensión de la naturaleza humana, podían ser causa de graves conflictos.

Kardec supo evitar este escollo. Con singular maestría y con prodigioso éxito, agrupó los fenómenos, los clasificó dentro el vasto plan de una sorprendente organización; de los fenómenos se elevó á las ideas, de los efectos á las causas, de los hechos á los principios y á las leyes, resultando constituida para siempre una doctrina, que es como la expresión de la verdad filosófica, de la verdad religiosa y de la verdad moral, doctrina que arranca de una revelación prodigiosa, doctrina que ha venido á rejuvenecer el espiritualismo espirante, doctrina que viene á disipar las nubes, acumuladas por la preocupación, sobre la existencia y destino del alma. Gracias pues en primer término á la Providencia, en segundo término á los espíritus y en último término á Kardec y á los infatigables obreros que lo secundaron, hoy brilla la luz de la verdad en toda su pureza, y sobre la cúspide del edificio, construido por los espíritus, se lee la luminosa inscripción: «el hombre es inmortal». Gloria, pues, á esa legión de invisibles que aún hoy sin nosotros y hasta á pesar nuestro trabajan sin cesar en la obra de nuestra redención. Gloria á todos los que han contribuido á nuestro progreso.

El espiritualismo es ciencia ya; la moral evangélica ha resucitado de entre los muertos. Se ha fortalecido la civilización. Las conquistas del espíritu humano no corren el peligro de perecer.

Todo lo ha salvado el Espiritismo.

He ahí pues el primer beneficio, el más general que la humanidad debe al Espiritismo. Esto es su título de gloria; esto explica su prodigioso desarrollo. El

efecto moral del Espiritismo no puede ser más general ni más provechoso para la humanidad.

Pero además de éste, otros títulos reúne el Espiritismo para hacerse acreedor á nuestra gratitud. Someramente me permitiré señalarlos para no molestar por más tiempo vuestra preciosa atención.

El individuo ha sentido, como la humanidad, la influencia, la acción moral del Espiritismo. En todos los corazones y en todas las inteligencias, el escepticismo había dejado la funesta huella de su paso. Cargada con la pólvora de la duda, la mina abierta en el corazón por los errores seculares de las religiones positivas, había hecho explosión, y las creencias, las convicciones religiosas y morales, todo había quedado destruído. En el corazón y en la inteligencia humana, sólo se conocía la existencia de la fe por la herida que había causado su desaparición y destrucción. Consecuencia de este escepticismo, las relaciones sociales, los vínculos de familias se relajaban, no se cumplían los deberes de amistad como correspondía y la hermosa fraternidad humana era relegada, como sueño de imaginación enferma, al país de las quimeras y de los imposibles.

El Espiritismo restableciendo otra vez la fe en los corazones, ha restaurado en la vida humana la moral evangélica, rejuveneciendo la palabra de Cristo que era como letra muerta, como precepto teórico. Y no es que con ello queramos significar que la ley moral se cumple y guarda en toda su plenitud y en todas sus disposiciones por los que están agrupados bajo la bandera espiritista, no; lo que queremos significar es, que esperamos que los frutos que ha dado hasta ahora, frutos de regeneración y fraternidad, se multiplicarán andando los tiempos, vigorizándose bajo su sombra los vínculos de familia, estrechándose los lazos de la amistad, y fundando sobre la tierra conturbada el reinado de la paz y del amor.

Y al esperar que el Espiritismo produzca en todos los corazones esta maravillosa transformación, no creemos ciertamente que se verifique de una manera brusca y repentina. No nos hacemos tal ilusión. Por desgracia, á la vista están los resultados perniciosos de una intolerancia que, hija del amor propio, está sostenida y alimentada por todos los humanos defectos. El hombre se encuentra todavía sumido en el estado de intolerancia. De él no le ha sacado aún la cultura. En todas las relaciones de la vida humana se manifiesta; en nuestra misma fraternal organización se deja entreverla algunas veces. Y esto, hasta cierto punto, se comprende.

En efecto, en las luchas que se sostienen en pró ó en contra de una idea, en las campañas que se emprenden, en el choque de encontradas tendencias y opuestos intereses, en el batallar de las ideas, se traduce la intolerancia en actos ó en palabras, en gestos de desdén, en expresiones de odio, ó en la manifestación de sentimientos pocos conformes con la caridad. Los que en ellas toman

parte, hombres al fin, entran las más de las veces, no con el deseo de persuadir, sino con miras bastardas, interesadas, en las cuales para nada interviene el amor al prójimo ni el bien ageno. Por ello los combatientes, más que adversarios corteses son feroces luchadores, convirtiéndose la discusión de ideas en un pugilato. Hijo de las costumbres que una mala educación y perniciosos ejemplos han creado, el Espiritismo trabaja para hacerlo desaparecer.

La intolerancia tiene en nuestra doctrina un temible adversario. Porque es menester decirlo con resolución y valentía. Nuestra doctrina no permite que en ningún acto de la vida, ni en ninguna palabra se ofenda, hiera ó maltrate la dignidad de hermanos nuestros, no ya en actos y en palabras que esto al fin es delito, sino ni siquiera en la intención. Es menester dar el ejemplo.

Si nosotros procedemos como fariseos, ¿no podremos ser considerados como tales? Si ofendemos con nuestras palabras, si en nuestras discusiones no tenemos por mira la persuasión, sino nuestro personal enaltecimiento, ¿en qué reformamos las costumbres, en qué modificamos el modo de sér de la sociedad contemporánea? ¿No somos acaso un obstáculo en lugar de ser un medio de progreso?

Es menester que ya que nos llamamos espiritistas, seamos consecuentes con las doctrinas que profesamos, que no las desmintamos con nuestros actos, que no las contradigamos públicamente ni en secreto; es menester que el Espiritismo no sólo sea una doctrina, no sólo una revelación que exclusivamente favorezca el pensamiento, sino que además sea una regla de conducta social, una norma de nuestros actos, un regulador de nuestros sentimientos é ideas.

Quien no comprende así el Espiritismo, no tiene el derecho de llamarse tal, porque aunque lo sea y ferviente en sus ideas, no lo es en sus sentimientos.

Solo cuando la intolerancia desaparezca, cuando á impulsos de la palabra cristiana, se conviertan las conciencias, cuando en nuestra vida resplandezca la consideración á los demás, la buena amistad, la cordialidad de nuestras relaciones sociales, sólo entonces podremos exclamar: «El Espiritismo ha producido los frutos que teníamos derecho á esperar, sentimos su influencia, es evidente su acción: Bendito sea.

Entre tanto y mientras llega día tan ansiado, estas reuniones que celebráis periódicamente, esta conmemoración de un aniversario tan digno de recordarse como el de Kardec, afirman nuestras creencias, vigorizan nuestras relaciones y esbozan lo que ha de ser en lo futuro la sociedad. Á base de las relaciones que venimos sosteniendo con nuestros protectores invisibles, se aglomeran las ideas que de las corrientes de dichas relaciones brotan y vienen á cristalizar en actos de abnegación, en palabras de gratitud y en sentimientos de caridad. Mucho tenemos derecho á esperar si persistimos por este camino. Y cuando algún obstáculo se oponga á nuestra marcha, cuando alguna contrariedad nos salga al paso, cuando algún estímulo de las pasiones que á fuerza de voluntad hayamos

podido adormecer, venga á tentarnos, si no tenemos en nosotros mismos fuerza bastante para resistirlos, imploremos el auxilio de seres que, más fuertes que nosotros, con más caridad y abnegación, velan por nuestra salud y progreso, desde el espacio inmenso donde habitan; invoquemos el auxilio de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros maestros y en especial de Kardec, con los cuales estamos en relación constante, y estoy persuadido que no quedaremos abandonados á nuestras propias y débiles fuerzas. De estas relaciones mutuas y reciprocas, de estas ofrendas espirituales, de estas bodas de oro celebradas entre nuestros protectores invisibles y nosotros, de esta corriente constante de recuerdos que suben, de inspiraciones que bajan, de ideas que van y vienen, dejando en el espacio moral que recorren huellas luminosas, ha de brotar la regeneración moral de la humanidad.

Y es tanta la importancia que atribuimos al movimiento, que no vacilamos en afirmar ha de convertir el mundo en morada de amor; y el corazón, de habitación de pecado y asiento de concupiscencia, en aposento de caridad y de virtud.

Interin la hora se avecina, cuidemos de mantener en nuestra agrupación los principios y conducta que nos son propios, desechemos la intolerancia; que de nuestras ideas, ha de ser el mundo fácil conquista, y sólo con nuestros actos podremos lograr el triunfo de nuestros sagrados ideales.

He dicho. G. P.

BOUDDHÀ

SU NACIMIENTO. — SU DOCTRINA. — SUS DISCÍPULOS

No hace mucho tiempo que el nombre de Bouddha sólo representaba para nosotros un ídolo grosero tallado por el degenerado cincel de un artista chino. Los modernos estudios han despejado á esta bella personalidad de las nieblas que la envolvían. El gran reformador indio Sakya-Mauny, adorado, desde cerca tres mil años, bajo el nombre de Bouddha, por la cuarta parte de la población del globo, empieza á ocupar su lugar en Europa, entre las glorias que han elevado el ideal de la humanidad.

Su verdadero nombre es Siddarata. En el tiempo en que vivió, y ya desde muchos siglos estaba la India dividida en reinos, doblada á la vez bajo el yugo intelectual de los Brahmanes y el cetro brutal de los déspotas absolutos, que se devoraban entre sí.

Frecuentes revoluciones cambiaban sus dinastías. Un parricidio colocaba á un hijo en el trono del padre, el cual á su vez era destronado también por su hijo.

El más débil venía á ser el tributario del fuerte y le asistía en sus luchas.— Tal fué más tarde Europa, cuando los bárbaros se hubieron repartido los pedazos del imperio romano, y se disputaron los despojos al juego sangriento de las traiciones y guerras, durante siglos.

Siddarata era hijo de uno de aquellos reyes. Su madre á quien la India idólatra no ha divinizado, se llamaba Maya, dulce nombre que se parece á María. Su padre, Suddohana, era rey de la provincia de Kapila.

Según la leyenda indu, fué concebido sin pecado y parido sin dolor. Desde su infancia causaba asombro á los doctores de la ley brahmiana por sus profundas reflexiones. Sabios y reyes, advertidos de su milagroso nacimiento, fueron á adorar su cuna. Estas semblanzas en la parte maravillosa de la historia de los dos reformadores divinizados, hacen suponer que algunos puntos de las tradiciones boudhistas fueron aplicadas á Jesús por los autores cristianos de los primeros siglos (1).

¿Cómo fué que aquel príncipe educado en medio de los esplendores de una corte oriental, por guerreros orgullosos y sacerdotes más orgullosos todavía; acostumbrado desde la infancia á mirar como vil é impura la multitud pasiva de las castas serviles que se prosternaban á su paso; cómo fué que aquel hijo de rey, heredero del trono, concibió repentinamente tal desprecio por su grandeza, una piedad tan profunda por aquellas razas envilecidas, que en la edad en que las pasiones ahogan la naciente razón, renunció la corona que debía pertenecerle y abandonó la real habitación para ir á meditar, en la soledad, sobre el medio de combatir aquellas llagas y salvar aquellas almas?

¿Le habló en el desierto aquel á quien interrogaba? Se le reveló poco á poco en las meditaciones de su espíritu, el recuerdo de un mundo en el que había vivido en la justicia?—¿Quién puede saber cómo se elaboran y cómo se iluminan estos grandes corazones?

Á los treinta y cinco años, la fase del recogimiento se había efectuado: se había hecho la luz, la idea estaba madura. Volvió á parecer en medio de los hombres. Pero ya no era Siddarata; ya no era el hijo de rey; era Sakya-Mouny, el anacoreta inspirado, el reformador dulce y austero, restableciendo, en nombre del Creador, la dignidad de la criatura y proclamando la igualdad de las almas ante Dios, y la preeminencia de la virtud sobre las distinciones humanas.

La multitud de los desheredados andaba solícita acerca de él, para recoger su

(1) La leyenda de Cristna ó Cristnen, octava encarnación de Vichnú, tiene relaciones todavía más sorprendentes con la del Cristo.—Cristna nació durante la noche, en una gruta en donde había una burra. Su madre era una virgen; y, luego después de su nacimiento, fué adorado por los espíritus celestiales y por los pastores de la vecindad. El rey del país, que quería hacerle perecer, le buscó por todas partes; pero el padre y la madre de Cristna le libraron de aquellas violencias apelando á la fuga.—Así es como se han transmitido, de pueblo en pueblo, las tradiciones del pasado.

palabra. Por convicción ó por política, algunos reyes se hicieron sus protectores. ¿Esta protección, impidió á los Brahmanes detener, en su principio, á la naciente secta? ¿Se había debilitado su poder en medio de las discordias públicas, ó despreciaron aquel movimiento, del cual no comprendieron de pronto la importancia? El novator no atacaba la autoridad de los Vedas; pero conmovía el edificio brahmánico destruyendo las barreras que separaban las castas. Admitía hasta las razas extranjeras en la gran familia de la que era el creador; y reclutaba en todos los rangos y en todos los pueblos á los ministros de su culto no exigiéndoles otra cosa que la superioridad del corazón.

Sakya-Mouny llegó á una edad avanzada y continuó sus predicaciones hasta su muerte. Arrojos sus adoradores de la India después de luchas seculares, extendieron su fe entre las tribus feroces de la Asia alta, donde dulcificaron las costumbres. Convirtieron á su culto á casi toda la raza amarilla. La China aceptó bajo el nombre de Foë, este Dios hecho hombre, este Bouddha, última encarnación de la divinidad India.

El fundador del budismo no ha escrito nada. Después de su muerte redactaron sus discípulos un cuerpo de doctrina; pero al pasar por diversas inteligencias, la palabra del maestro debió sufrir alteraciones. Sectarios fanáticos exageraron sus principios; entusiasmos desordenados falsearon su aplicación.

Para resistir el apetito de los goces había predicado el desinterés y el sacrificio; el misticismo oriental llevó esta prescripción hasta la locura, y los Simeón-Stylita del budismo afluyeron por todas partes. La absorción completa en Dios, el aniquilamiento absoluto del *yo* humano en la unidad divina fué el ideal supremo de aquellos ascetas que se separaban de la humanidad para abismarse de antemano en una contemplación estéril, sin pensar que aquel á quien tomaban por modelo y por guía había tenido una vida toda de trabajo, de sacrificio activo y de esfuerzos sublimes.

El budismo ha sido impotente para impedir la degradación moral de la China. Los que le enseñaban han perdido desde hace mucho tiempo el calor y el movimiento; les falta la fe. El más abyecto sensualismo corrompe las almas á su alrededor, y sus salmodias no atajan la gangrena. La vida se ha retirado de su culto; sólo han conservado de él las supersticiones y las prácticas materiales que ellos materializan todavía. En las *lamacerias* del Thibet, que es la Roma China, los sacerdotes han inventado una máquina de oraciones. Un engranaje desarrolla el rosario sagrado á las horas prescritas por la disciplina; las letanías se recitan ellas solas por cuenta del indolente beato que mira cómo van pasando los versículos. ¿Pero qué exige Bouddha?—¡Que se desgrane el rosario!

Oh reformadores divinos, ¿es esto lo que habéis pedido?

AMOR CRISTIANO ⁽¹⁾

(Continuación)

Por fin cambiaron los tiempos: la cruz vencía al mundo y reyes y emperadores doblaban la rodilla mal de su grado ante el símbolo humilde del cristianismo. Entonces se empezó á comprender que era pura la moral de Sócrates, que vivísimas aspiraciones hacia el bien se manifestaban en Platón y hasta el mismo Aristóteles tuvo sus partidarios entre los más ilustrados cristianos. Mas antes no llegó el cristianismo á la filosofía pasó mucho tiempo. Por de pronto contentáronse los convertidos en abrazar la cruz y sin meterse en más honduras morían por ella con tanta heroicidad como aquellos valientes en las Termópilas. Entonces las cristianas madres se desprendían de sus hijos y los veían llegar al martirologio con tanto júbilo como las lacedemonias equipaban sus hijos para la guerra. Si, la fe ardía en los pechos y aún resonaban en los oídos de aquellos fieles las palabras del Maestro, el cual les había dicho: bienaventurados seréis cuando en mi nombre os persigan. Y por cumplir sus enseñanzas dejábanse crucificar, degollar, quemar sin que el dolor lograra arrancarles una apostasía, ni siquiera ayes lastimeros. Pero estos mismos mártires cuyo sacrificio tanta fuerza prestó á la nueva idea, ¿estaban verdaderamente penetrados de lo que en sí encerraban las máximas de Jesús? ¿Aquellos hombres que renunciaban al mundo y abandonaban la familia para consagrarse exclusivamente á Dios; aquellas jóvenes que á menudo eran desmenuzadas por las fieras y cuyos restos recogían los cristianos piadosamente para enterrarlos con el símbolo de la virginidad, habían alcanzado á comprender cuán dulcísimas eran las cristianas teorías? Probablemente no. Y las masas que renunciaban á sus antiguos dioses y recibían el bautismo como símbolo de su nueva adoración ¿eran fieles creyentes llenos de santa unción? Contestar afirmativamente sería desconocer la historia, que nos muestra cómo una sola generación no puede abrigar en su pecho afectos contrarios, tendencias opuestas. Creer que un pueblo pasa con rapidez de unas á otras ideas es ignorar la ley del progreso, que no se cumple por saltos desmedidos y desordenados. Los cristianos vinieron al nuevo ideal con todas sus supersticiones y mezclaron de un modo extraño las prácticas paganas con las doctrinas de Jesús, bien así como débil é ignorante mujercilla hoy, abraza el Espiritismo, comunica con los seres ultra-terrestres y se engalana el domingo para postrarse ante modelada imagen de barro. Y esto que sucede en nuestros días era mucho más acentuado en los tiempos del naciente evangelio. Y no podía ser de otro modo. ¿Cómo exigir á un

(1) Véase la REVISTA de Marzo.

pueblo que acababa de escuchar los oráculos, de divertirse en las bacanales, que dejara sus lares y sus penates, aquellos dioses visibles y tangibles que se asociaban á todos los actos de su vida; cómo pretender que afectos tan arraigados se borrarán de su mente y se abandonara á un Dios grande, poderoso, desconocido en cuya comparación Júpiter era un mito, que no se había comunicado nunca con los hombres y que por su misma majestad no descendería nunca hasta ellos? Imposible!

De los mismos mártires puede decirse que morían, después de la unidad de Dios, por los sacramentos, más por meras fórmulas que por la esencia del cristianismo. Y si los perseguidos, acosados y cazados como fieras no penetraron las máximas sublimes del Sermón de la Montaña ¿qué pensar de los ascetas que vinieron después? Estos las comprendieron menos aún. ¿Era el sacrificio del hombre lo que Cristo había venido á pedir; era la aniquilación de la materia; intentó acaso privar el humano corazón de los santos goces de la familia, de las delicias de la amistad? ¿Mostró quizá ser preciso renunciar al mundo con el solo móvil de la propia salvación? No por cierto. Cristo había dicho: «Amaos los unos á los otros;» y no podían, no, practicar consejo tan dulce ni los místicos exaltados, ni los ascetas furibundos. ¡Y qué cuadro el de aquellos tiempos! ¡Qué supersticiones tan groseras, qué terrores tan necios, cuánta ignorancia, cuánta falta de sentido moral! Si no temiéramos ser largos y enojosos, citaríamos buena porción de historiadores y de padres mismos de la iglesia que probarían cómo la perversión más alta reinaba en aquellos castos varones y en aquellas vírgenes mujeres. Y cuando al fin cesó el huracán ascético, cuando se dejó de martirizar la materia para enaltecer el espíritu ¿fué comprendido el Evangelio? Ah! lejos de ahí. Pensó la humanidad que á Dios solo se podía agradar con sacrificios, y habiendo sacrificado la carne se necesitaba esta vez sacrificar el alma. Pusiéronse pues todas las fuerzas de la inteligencia á servicio de la escolástica; pobláronse las ciudades de conventos y de comunidades y allí se discutía con fervor sobre la consubstanciabilidad, los misterios de la trinidad y otros puntos tan interesantes como esos. ¿Y el amor dónde quedaba, cómo se trataba el prójimo? Se había progresado algo. Ya no había esclavos, pero había siervos; la guerra se hacía por necesidad, y entre castillo y castillo se libraban combates continuos; el señor era dueño de vidas y haciendas; el sacerdote era á menudo señor, y, cuando bien le parecía, dejaba el Breviario y empuñaba la espada. El amor no reinaba en el Vaticano, el amor no dirigió á los cruzados, el amor no presidió á la San Bartolomé, ni á las guerras religiosas, ni á la inquisición, el amor no reinó entre los hombres. Los impulsos todos de su corazón se dirigían á amar á Dios, y para dar á conocer tal sentimiento se le tributaba un culto externo, pomposo, magnífico, sin pensar que el amor á Dios podía únicamente manifestarse por el amor al prójimo, que esa era su única traducción. El cristianismo ensalzó sobre manera el amor á Dios;

del amor entre hermanos se acordó apenas. Sin embargo, no puede negarse que las familias estuvieron mejor constituidas que en aquellos calamitosos tiempos paganos: comprendiesen ó no el verdadero amor, los pueblos eran más morales con el régimen teocrático cristiano, que dominados por el férreo poder de aquellas antiguas repúblicas, reyes ó emperadores. La ilustración minaba lentamente aquellas tan violentísimas pasiones: los hombres aprendían á discurrir y la razón alumbraba la conciencia. El saber no estaba ya en manos de unos cuantos filósofos: mediante la palabra impresa, las últimas capas sociales podían participar de él. Y si el mundo científico tenía sus reveladores, no los tenía menos el mundo moral.

Hombres generosos intentaban hacer feliz la humanidad, reformando abusos, enmendando leyes, fundando establecimientos donde se dignificaba el trabajo, se ilustraba al obrero, se le moralizaba. Otros procuraban instruir los ciegos, los mudos, y esos desgraciados que durante tantos siglos habían quedado abandonados á su propia desdicha, pudieron como los otros participar del pan del alma, de la instrucción. La caridad encontraba eco en los corazones: las guerras se dulcificaban, las costumbres adquirían inusitada suavidad; el amor no se manifestaba solamente por la religión, ni por la admiración hacia lo bello como en los paganos tiempos; el amor á la patria disminuía, el amor al individuo aumentaba y servíanle á porfía para su mayor desarrollo la ciencia, el arte, la industria y todo su cortejo de riquezas y de civilización. Á pesar de esto, salvo raras excepciones, los pueblos no se habían penetrado aún del sentimiento puro por excelencia; Cristo no era todavía comprendido; faltábale un intérprete. ¿Quién lo ha sido? ¿Saben los hombres hoy, aunque no lo practiquen, lo que debe ser el verdadero amor; se han deslindado los confines del amor físico, del espiritual, del que se ha de tributar á Dios, del que al prójimo debemos? Estas preguntas serán el objeto de otro artículo.

MATILDE RAS.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA DE NUESTRO SIGLO

VIII

LA EUROPA CONTEMPORÁNEA

1. *Francia*.—Napoleón III restablece el orden, protege el desarrollo material del país, toma parte en la guerra de Crimea á favor del Imperio otomano contra la Rusia, en la guerra de Italia á favor del Piamonte contra el Austria, en la campaña de China unido á España, muéstrase afecto á la desgraciada Polonia,

y se decide á intervenir en favor de los cristianos de Siria, y en las discordias civiles de Méjico, queriendo establecer una Monarquía, intervención que vino á ser el principio de su fin.

En el interior las agitaciones crecían aumentando cada día el disgusto general; y la nueva era por el Emperador Napoleón abierta con la elección del demócrata Ollivier para el gobierno y la restauración del régimen parlamentario, no bastaban á desvanecerlo. Había sobre todo en aquellas cámaras un hombre irreconciliable con el Imperio, que sin embargo de desdeñar con verdadero desdén aquella gratuita devolución de los derechos arrebatados por el jefe de Estado del 2 de diciembre, no quería salir de ningún modo del camino de la legalidad. Este hombre era Gambetta. Tal resolución le obligaba á reprimir en los suyos toda veleidad revolucionaria y descargar con dureza, golpe sobre golpe, sobre el Emperador y el Imperio.

El proceso formado á Rochefort por un artículo contra la dinastía, uno de cuyos miembros había asesinado á Victor Noir, proporcionó á Gambetta coyuntura amena para esgrimir su hercúlea y atronadora elocuencia, como dice un orador y escritor contemporáneo. «En esto sobrevino—prosigue dicho escritor— (1) una demostración práctica de que obediente á su origen el imperio, huía el Parlamento para caer en el plebiscito. La tribuna resonante, las cámaras abiertas á una discusión continua, los partidos organizados ya y con sus jefes á la cabeza, los ministros más responsables, la presidencia del Ministerio con una especie de autonomía peculiar, todas estas graves transformaciones iban dando al régimen napoleónico sólo el carácter de una república parlamentaria ó cuando menos de una monarquía representativa, y Napoleón III metido mal de su grado en aquellas sirtes, comprendía que acababa el imperio si desistía de su origen y dejaba en manos de los parlamentarios el carácter y la complexión de aquella dictadura plebeya. No podía, no, llamarse nadie ya entonces á engaño. Napoleón revelaba todo el móvil de su política y todo el secreto de su plebiscito en las siguientes palabras: «Dadme nueva prueba de confianza, depositando en la urna un voto afirmativo; y conjuraréis las amenazas de la revolución, y asentaréis sobre sólidas bases la libertad, y haréis más fácil en lo porvenir *la transmisión de la corona á mi hijo*.» Y en efecto el asegurar la dinastía era todo el empeño de la política, todo el móvil de los plebiscitos. La reacción sin embargo esta vez no debía ir tan lejos; sigamos oyendo al orador español contemporáneo:

«La transmisión de las naciones como se transmiten los establos ¿no os parece el mayor de los sarcasmos del poderoso y la mayor de las injurias al débil?»

«Los cortesanos auxiliaban poderosamente á su César. En la calle de Rivoli bajo la presidencia del duque de la Albufera, habían organizado una comisión

(1) EMILIO CASTELAR, *León Gambetta*: suplemento literario de *El Día*.

directiva que escribía programas, circulares, cartas, carteles, periódicos, proclamas, folletos y boletines, conjurando al pueblo á que votase «sí» y diciéndole que salía de una constitución cesarista y entraba en una liberal. ¡Ah! Muchos y muy poderosos esfuerzos eran necesarios para contrastar tanto poder. La izquierda de la Cámara comprendió que estaba perdida si no podía organizar frente á frente de la comisión imperial una comisión republicana. Y organizó é instaló en la calle de la Sourdière una junta directiva que se levantase cara á cara de la junta directiva instituida é instalada en la calle de Rivoli. Pero ¡cuántas dificultades y cuántas divisiones!»

«Unos como Simón y Grevy pertenecían á la escuela que deseaba concluir con los poderes permanentes y hereditarios para reemplazarlos por los poderes amovibles, responsables, republicanos pero sin salir del régimen parlamentario ni quitar á las clases medias la dirección de la democracia; otros como Peirat y Delescluze, estaban por la revolución francesa, por el código del 93, por el Estado fuerte, por la dictadura republicana, por la convención permanente, por la omnipotencia jacobina, por el ideal de Robespierre; mientras algunos seguían creyendo que toda reforma era inútil, todo trabajo estéril, todo tiempo perdido, toda combinación política ilusoria, si el partido democrático no entraba de una vez en pleno socialismo.»

«Armonizar estas ideas contradictorias reunir en uno solo estos partidos opuestos, hacer de estos capitanes desbandados huestes aguerridas, con un solo propósito y una sola bandera, obra difícil parecía á primera vista; pero la llevé á cabo con grande tacto en su proceder y mucha elevación en su pensamiento Gambetta, que se había ganado la jefatura del partido por el vigor de su frase, verdadero continente de ideas profundas y por el acierto de su conducta que recordaba con la energía de un convencional antiguo, la maravillosa flexibilidad propia de su estirpe italiana. El discurso pronunciado en tal debate, constituye quizás el primero entre los timbres del orador al reconocimiento de la posteridad.»

«Gambetta proclamó que la triste apelación al plebiscito, significaba el reconocimiento positivo de una superior soberanía nacional, y el reconocimiento de una superior soberanía nacional significaba la revocabilidad inmediata de todos los poderes imperiales. Efectivamente, buscaba el César en aquella maniobra política la seguridad de un legado y se hallaba de manos á boca con el único heredero permanente de todos los poderes, fundados sobre la soberanía nacional, con el pueblo. Aquel vigoroso discurso de Gambetta quedó como un eterno comentario al plebiscito y como una próxima reivindicación de la soberanía nacional inmanente y eterna.»

«En esto la Nación tuvo que reivindicar materialmente su poder. Los que á sí mismos se llamaban personalidades providenciales, mandadas por Dios para en-

frenar la revolución y sostener la sociedad, cayeron en la sima sin fondo de una guerra sin nombre. Vencidos, todos prisioneros, malbarataron el honor á cambio de unos días de vida y trajeron la desmembración del suelo nacional que acapararan y retuvieran en una noche luctuosa eternamente infame. Los republicanos quisieron que no les tocara en suerte la horrible liquidación del régimen imperial, pero no podían desertar del puesto á que les llamara la fatalidad ni contrastarle sin desertar también de todo sentimiento de honor.»

Entonces la idea de una heroica defensa encarnó en Gambetta, que supo dedicarla un verdadero sacerdocio.

• «De las ruinas—prosigue el escritor de quien extractamos, testigo ocular de los hechos—quiso extraer una Francia nueva. De la derrota pensó forjar el triunfo. Dominado el Este, vencida Strasburg, entregada Metz, asediado el sacro recinto de París, constreñido el gobierno á guarecerse tras la línea del Loire, que significaba media Francia perdida y disgregada de la otra media, no tuvo un momento de desmayo en aquella lucha gigante y á brazo partido con la fatalidad. Se constituyó un ministerio de la Guerra, con generales improvisados, ingenieros civiles, marinos, ministerio por el cual circulaba el estro de un ardiente patriotismo, sino el genio de la verdadera inspiración militar.»

Sin embargo, como hace observar Emilio Castelar, no podía «una fuerza menor y desorganizada vencer á una fuerza mayor y orgánica. Las leyes de la mecánica se sobrepusieron á las leyes de la moral. Tuvo el universo entero implacable indiferencia por la justicia ó la injusticia. Reinó á su antojo la negra fatalidad. Alemania no sólo tenía su propio ejército innumerable, tenía el ejército entero de Francia completamente á su merced. Por salvar el trono antes que la nación, los imperiales en su horrible campaña la habían entregado al invasor. Gambetta no pudo salvar la integridad de Francia, pero salvó la honra de Francia. Merced á él cayó la nación traicionada por el cesarismo, con la protesta en los labios, las armas en la mano y la esperanza del desquite en el corazón.»

Durante tan desastrosa lucha quedó constituido un gobierno provisional formado por todos los diputados republicanos de París más conocidos y admirados: Garnier Pagés y Cremieux antiguos ministros de 1848; Julio Favre, el gran orador de la izquierda; Pelletan el elocuente publicista, el ilustre Gambetta y el ingeniosísimo Picard, y el exaltado Rochefort recién sacado de la cárcel donde le encerrara el César caído por el proceso de que hemos hablado. La República vino pues sin dolores, sin desórdenes como consecuencia lógica y necesaria de las derrotas imperiales. Y sin embargo, la Emperatriz permanece en su puesto. Fernando Lesseps le presenta un proyecto de abdicación espontánea en la República, obra de Girardin; la Emperatriz lo consulta al Consejo de Ministros y este decide que no «es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía.» El pueblo viene á sorprenderlos en sus deliberaciones demostrándoles lo con-

trario. La muchedumbre rompe por todo y todo lo invade. Mientras tanto la Emperatriz sale por la puerta secreta de la calle de Rivoli, como salieron María Antonieta en 1792, María Luisa en 1814, la duquesa de Berry en 1830 y la duquesa de Orleans en 1848.

Un mensajero del gobierno provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de la cámara aristocrática, cerrando de este modo aquella «madriguera de cortesanos.»

En el palacio de la Presidencia se reúne la mayoría del cuerpo legislativo. En ausencia de los presidentes legítimos preside Thiers. Julio Favre declara que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República. Los diputados y senadores imperialistas luego que los individuos del gobierno provisional se retiran, gritan y protestan recordando que ellos son también representantes del sufragio universal. «¿De qué os quejáis—contesta Thiers—de que han puesto sus sellos al edificio de la Representación nacional? Peor fué sellar á los representantes y aún no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el 2 de diciembre. Yo soy un prisionero antiguo de Mazas.»

Con este enérgico apóstrofe concluyeron las asambleas del imperio. Inmediatamente sobrevino el sitio.

Gambetta y Dorián empleaban toda su energía en proveer al armamento del pueblo de París. Mas fuera por rivalidades ambiciosas, ó sordas envidias, Gambetta, el ministro de la energía, fué lanzado lejos de París en la frágil barquilla de un globo aereostático. Cuando pasaban por encima de las líneas prusianas éstas les hicieron varias descargas sin tocarles, en cambio de las cuales los aereonautas llovían sobre los prusianos hojas republicanas impresas en París. Por fin, cerca de las cuatro de la tarde llegaron á Tours; en ocho horas habían recorrido un trayecto de noventa y cuatro kilómetros. Investido de todos los poderes Gambetta obtuvo la dictadura saliendo en el globo *Armand Barbés* para establecer en Tours la delegación del poder supremo de la República francesa. En dicha ciudad entró el 9 de octubre y desde ese día creó el ejército del Loire, el ejército de Dijon, el ejército del Este y el del Norte, levantando pueblos en masa contra los invasores. Sin embargo, todo era desgracia y consternación para la Francia y su gobierno. Sólo una capitulación honrosa podía salvar su dignidad y se decidió el 23 de enero. Á las ocho de la noche de aquel día entraba Julio Favre en Versalles con objeto de entablar negociaciones, y creyendo Bismarck que iba á tratar de conferencias europeas, no le dió oídos conviniendo únicamente en la entrevista al ver que se trataba de un armisticio. El gobierno de París sin tener un conocimiento exacto del resto de Francia, al cabo de cuatro meses de sitio ¿era lógico que pactase por toda la nación? Pues sin embargo pactó. Se ajustó un armisticio que de no renovarse, debía concluir el 19 de febrero á medio día. Tiene por objeto la reunión de una Asamblea que declare la paz ó la guerra.

Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones. El puerto de Dunquerque es designado como línea de armisticio marítimo, al E. se colocan las naves alemanas y al O. las naves francesas. Los franco-tiradores serán desarmados. París se proveerá libremente de víveres. Los prisioneros alemanes serán cangeados y se establece un servicio de correos entre París y las provincias pasando por Versailles con la condición precisa de ir abiertas todas las cartas. ¡Una asamblea cuando tenían los invasores más de 500,000 electores prisioneros de guerra y proscriptos! ¡Y cuatro días para revisar las actas, constituirse, nombrar presidencia y gobierno, enterarse de los recursos militares y financieros, con que se cuentan deliberar sobre la política interior y decidir la paz ó la guerra! ¡Sangrienta ironía! El primer rumor de tales noticias llegó al O. por el *Times*. Gambetta se apresuró á desmentirlo, pero el telégrafo vino á decirle que era una realidad el armisticio. Entonces Gambetta tras de desesperadas luchas convocó una asamblea con el propósito de que se negase á todas las condiciones onerosísimas que se referían y sostuviera la guerra á todo trance. En su decreto de convocatoria declaró incapacitados para aspirar á la diputación á todos los príncipes, ministros, senadores y candidatos oficiales del imperio. Respecto á los primeros la medida era justa: Esos príncipes, como dice Castelar, que creen sierva de sus privilegios la Francia, y la seducen con sus prestigiosos recuerdos y la explotan bárbaramente; y luego por aumentar algunas perlas á su corona, algunos días de gloria á sus anales, algunos títulos de orgullo á sus pergaminos, algunas preeminencias que les ayuden á perpetuar su dominación, desencadenan guerra, como esta guerra maldita, no merecen, no, tener en los pueblos libres la dignidad de ciudadanos.» Mas extendida á los demás era una restricción del voto popular y una injuria al pueblo. Comprendiéndolo así el gobierno de París envió á Julio Simón encargado de publicar otro segundo decreto, y Bismarck protesta entonces contra el de Gambetta, diciendo que no se ha entablado el armisticio para traer una asamblea de ese género sino una asamblea libremente elegida por el pueblo francés. Entonces éste aprovecha la ocasión para decir que aquellos á quienes excluía eran los cómplices de la invasión, los cómplices de Bismarck y se retira del poder. Salió al poco tiempo de Francia y se fué á España á pasar una temporada. De regreso á su patria fundó un periódico, *La République Française*, republicano, emprendiendo un viaje de propaganda por el país llamado á elecciones generales para el 7 de enero de 1872, mostrando como luego en la Cámara un entusiasmo y energía inconcebibles. Iniciado en ésta el debate sobre la salida del ejército alemán, tuvo que sostener enérgica lucha con la excesiva prudencia de los ministeriales, y aunque vencido por 483 votos él y los 196 favorables redoblan su energía y sus esfuerzos. En la discusión de aquel célebre proyecto por el cual la asamblea se reservaba la posesión y el ejercicio del poder constitucional en toda su integridad, acaso con el vago intento de entregarlo

llegada ocasión propicia á un Orleans, vió aumentar de día en día su influencia sobre la Cámara, llegando á ser nombrado al poco tiempo presidente de la comisión de presupuestos. El tiempo pasa, Julio Simón es arrojado del poder, Mac-Mahón sueña, apoyado en los clericales, quizá y sin quizá con un golpe de Estado y todo parece perdido para la causa de la República, cuando amanece el 16 de mayo de 1873. Gambetta escala la tribuna y en inmortal discurso desmenuza y pisotea el imprudente mensaje del mariscal, arrancando 356 votos contra 145 que á duras penas pueden reunir los monárquicos de todos los matices. Á la mañana siguiente aparecían en *Le Journal Officiel* el nombramiento de un gabinete Broglie-Fourton y la suspensión del período parlamentario hasta el 16 de Junio, siguiendo á éste el de disolución y convocatoria de nuevas Cámaras. El golpe de Estado amenazaba, mejor dicho se estaba llevando á cabo, pero aquellos 363 diputados republicanos de la Cámara disuelta volvieron de nuevo por encima de todo y á pesar de todos. Y nombraron presidente de la República al eminente patricio que debía suceder al inepto soldado del imperio.

Todos saben cómo terminó la campaña ocasionada por el Imperio con Alemania; imposible es que pueda abusarse más de la victoria. «Lo único—como dice muy bien el orador español—que consuela, es pensar que los pueblos resucitan como el Cristo del Evangelio. Ese emperador Guillermo ha pasado días de su juventud errante, sin corona, sin patria, porque otro emperador cien veces más conquistador y más glorioso que él destrozaba el reino de Prusia bajo las herraduras de su caballo de guerra. Y Prusia resucitó y Prusia se vengó. ¿Por qué no resucitará Francia? ¡Ay, emperador de Alemania, ay de los tuyos el día de la venganza!»

Á la muerte del ilustre Thiers los republicanos adoptaron como bandera para la lucha su última carta, cuyas recomendaciones póstumas constituían un verdadero programa: «Soberanía nacional.—República.—Libertad.—Legalidad escrupulosa.—Libertad de cultos.—» El 14 de octubre tuvieron lugar en Francia nuevas elecciones. Los 363, los republicanos, tuvieron 568,000 votos más que en febrero de 1876. Al fin tuvo que someterse el Mariscal y llamar á Dufaure al poder, á lo cual siguió la dimisión de la Presidencia de la República presentada el 31 de enero de 1879. Julio Grevy elevado á la suprema magistratura deja vacante la Presidencia de la Cámara de diputados que ocupa Gambetta, descendiendo únicamente de su sitio para abogar por la amnistía, plena merced á la cual pudo regresar Rochefort á Francia. Terminada la misión de la Cámara en 27 de julio de 1881, procedióse á nuevas elecciones. Derrotado Ferry en las Cámaras por sus gestiones respecto á Túnez, tuvo á pesar suyo que aceptar Gambetta la presidencia del ministerio. Abordó casi con repugnancia las reformas constitucionales y rompió de soslayo y como con timidez con la Iglesia, cayendo de la manera más inesperada á los dos meses y días de su elevación al poder. Al ter-

minar aquel mismo año de 1882 la mano de una mujer le arrebató la vida. La pérdida fué sensible para la Francia como lo fué la de Thiers, pero no irreparable gracias á la abnegación de sus hombres políticos y al patriotismo de sus hijos.

¿Quién dudará de que la República francesa tiene ahora más que nunca una gran vitalidad? Nadie, á menos de que negase la evidencia, y creemos que la nación vecina será como hasta aquí lo ha sido, la que camine al frente de la civilización y del progreso.

(Continuará.)

LA HISTORIA DE LA TIERRA (1)

(Continuación)

Así todo cambia, todo se metamorfosea. La causa primera no se ha despertado en un hermoso día, después de una eternidad de inacción, para crear el mundo; es la misma fuerza inicial de la naturaleza. Desde el primer momento de su existencia está funcionando. El Universo está en creación perpetua. Génesis de mundos se alumbran actualmente en los cielos, extingúense agonías al rededor de viejos soles, y cementerios de planetas difuntos circulan en la profundidad de las noches estrelladas. Los cometas vagabundos que gravitan de unos á otros sistemas siembran á su paso las estrellas fugaces, cenizas de mundos destruidos, y el carbono, germen de los organismos venideros. Cada planeta tiene su infancia, su juventud, su edad madura, su vejez y su muerte. Día vendrá en que el viajero errante por las riberas del Sena, del Támesis, del Tiber, del Danubio, del Hudson y del Neva, buscará el lugar en que París, Londres, Roma, Viena, Nueva York y San Petersburgo, habrán brillado, durante tantos siglos, como capitales de naciones florecientes, como el arqueólogo busca el lugar en donde Ninive, Babilonia, Tiro, Sidón, Menfis, Ecbátana brillaban en otro tiempo en el seno de la actividad, del lujo y de los placeres. Día vendrá en que la humanidad, muchas veces transformada, descenderá la curva de su progreso, se extinguirá con los últimos elementos vitales del planeta, y dormirá su último sueño sobre una Tierra desierta ya y solitaria, en que el ave no cantará más, en que la flor no florecerá, en que no correrá el agua, en que el viento no soplará, en que el blanco

(1) Véase la REVISTA de Febrero.

sudario de las últimas nieves y los últimos hielos se alargará siniestramente desde los polos hasta el ecuador. Y el Sol, nuestro grande, poderoso, bello y buen Sol, se extinguirá también en el centro de su sistema. Ningún sepulcro ni piedra mortuoria, ningún epitafio señalará el lugar en que la humanidad entera habrá vivido, el lugar en que tantas naciones poderosas, tantas glorias, trabajos, dichas y desdichas se habrán sucedido... y este lugar mismo no existe, porque la Tierra llevada en su torbellino al rededor del Sol desde que existe, el cual boga, con todo su sistema, entre las estrellas, la Tierra en que estamos no ha pasado dos veces por el mismo camino desde que existe, y el surco etéreo que acabamos de recorrer se cierra detrás de nosotros para jamás volverse á abrir ante nuestros pasos.

La suprema ley del Progreso lo rige y arrastra todo. Nosotros no pensamos en ello, pero marchamos adelante con rapidez, y lejos de entristecernos en ciertas épocas de desfallecimiento, debemos estar satisfechos del camino recorrido. ¿Qué son dos ni tres siglos en la historia? Son seis, diez generaciones; no son más que un día. En Francia mismo, en 1619, en el siglo xvii todavía, bajo Luis XIII y Richelieu (es de ayer), ¿no fué quemado vivo en Tolosa el filósofo Vanini por sus opiniones religiosas, poco diferentes de las que acabamos de emitir en este momento? En la misma época Giordano Bruno era quemado vivo en Roma, en medio de una fiesta pública, por haber proclamado una doctrina absolutamente conforme con la nuestra: la pluralidad de los mundos y la desconocibilidad de Dios; en 1634, Urbano Grandier, cura de Loudun, era quemado vivo *como brujo*; en aquella época de intolerancia, millares de víctimas, Juana de Arco de las primeras, espiraron en las hogueras, y el pueblo, el pueblo ignorante y estúpido aplaudía. Aquel tiempo ha pasado, y bien pasado. La Inquisición (aunque existe siempre) ya no condenaría hoy á Galileo á abjurar la *herejía* del movimiento de la Tierra. La ciencia, la extensión del pensamiento humano, la manumisión de las conciencias y la libertad llevan á la humanidad al apoteósisis de la luz.

Sí, el mundo marcha hacia un ideal sin cesar más elevado: las costumbres se dulcifican, los espíritus se ilustran, la humanidad progresa en conjunto así como en cada uno de sus miembros. ¿Podemos admitir que esta admirable ley universal del progreso en todos los seres sea sin objeto; que la existencia misma de las cosas sea sin objeto; que la humanidad terrestre camina hacia un apogeo ideal para no dejar nada tras sí, y que cada uno de nosotros no sea más que un accidente fortuito, un fuego fatuo que se extinguirá como ha venido; que el Universo entero, en una palabra, y todos los seres eminentes ú oscuros, felices ó desgraciados, sabios ó locos, buenos ó malos, virtuosos ó criminales que lo componen, desde nuestro ínfimo planeta hasta las profundidades más lejanas de lo infinito, podemos admitir que todo existe sin causa y sin objeto? No podemos creerlo. Sería esto triste, sería negro. En esta concepción mecánica del Universo todo

seria ilusión, fantasmagoría, mentira; habría más lógica en el menor pensamiento humano que en el conjunto de la naturaleza, y no tendríamos que hacer otra cosa que dejar de pensar para hacernos dignos de nuestro fin. ¡Qué extraña doctrina! Pero no: todas las almas deben vivir eternamente, progresando siempre.

La historia de la Tierra lleva en sí misma el más magnífico y el más elocuente testimonio en favor de la ley del Progreso que sea accesible á nuestras observaciones; es en cierto punto el progreso mismo encarnado en la vida, desde el mineral hasta el hombre. Nuestro planeta ha empezado por ser una informe nebulosidad, que gradualmente se ha condensado en globo. Esta nebulosidad gaseosa, de una densidad incomparablemente más débil que el aire que respiramos, esta inmensa bola de viento, estaba formada de un gas sin duda primitivamente homogéneo, más ligero que el mismo hidrógeno. La mutua atracción de todas las moléculas hacia el centro, la condensación progresiva que resultó de ello, los rozamientos y la transformación de esta caída centripeta en calor, naciendo de este desarrollo de calor las primeras combinaciones químicas, la influencia de la electricidad, la múltiple y diversa acción de las fuerzas de la naturaleza derivando hasta cierto punto las unas de las otras, trajeron la formación de los primeros elementos, del hidrógeno, del oxígeno, del carbono, del azoe, del sodio, del hierro, del calcio, del silicio, del aluminio, del magnesio y de otros diferentes minerales, que todos parecían formados geométricamente como si fuesen múltiples del elemento primitivo del que el hidrógeno parece ser la primera condensación. Las especies animales se han separado sucesivamente.

Estas mismas sustancias que constituían nuestro planeta primitivo cuando brillaba como estrella nebulosa; aquel hidrógeno, aquel oxígeno, aquel sodio que quemaban, fuegos ardientes, como queman hoy en las llamas del Sol, se han combinado de muy distinto modo después de la extinción de la Tierra como estrella. El fuego se ha vuelto agua. Fisicamente, estos son los extremos; químicamente, es el mismo elemento. El Océano que lleva sus olas por toda la redondez del globo, está formado de hidrógeno, oxígeno y sodio.

El observador del espacio habría podido ver á nuestro planeta brillar de pronto como pálida nebulosa, resplandecer luego como un sol, llegar á ser estrella roja, estrella oscura, estrella variable con fluctuaciones de brillo, y perder insensiblemente su luz y su calor para llegar al estado en que observamos hoy á Júpiter.

Ya la Tierra daba vueltas sobre sí misma y al rededor del Sol. Cuando descendió la temperatura de su nacimiento, cuando se condensaron los vapores atmosféricos, cuando el primitivo mar se extendió por todo el globo, en el seno de las convulsiones volcánicas de la infancia terrestre, entre las rasgaduras del rayo y los resplandores del trueno, en las tibias y fecundas aguas, las primeras plantas y los primeros animales se formaron por combinaciones del carbono, semi-sólidas,

semi-líquidas, pastosas, maleables, dóciles, móviles y cambiantes. Estos primeros seres son células primitivas ó simples asociaciones de células, algas, fucas, anélidas, objetos gelatinosos y moluscos: todavía son minerales tanto como plantas y animales, son zoófitos, corales, esponjas, madréporas, crustáceos. Los primeros animales no son otra cosa que plantas sin raíces. Por el perfeccionamiento secular de las condiciones orgánicas del planeta y por el desenvolvimiento gradual de algunos órganos rudimentarios, mejora, se enriquece y se perfecciona la vida. Durante la época primordial, no se ven más que invertebrados flotando en las aguas todavía tibias de los primitivos mares. Hacia el fin de aquella época, durante el período siluriano, se ven aparecer los primeros peces, pero solamente los cartilaginosos: los peces huesosos no vendrán sino mucho tiempo después. Durante el período primario comienzan los primeros anfibios groseros, los pesados reptiles y los tardos crustáceos. Del seno de las olas elévanse islas y se cubren de espléndida vegetación. Pero el reino animal es todavía bien pobre. Durante millones de años todos los habitantes de la Tierra han sido sordos y mudos; los primeros animales aparecidos sobre este globo, aquellos que ocupan hoy lo más inferior de la serie, todos están desprovistos de voz; la voz no principia hasta la mitad de la edad secundaria, y la oreja se ha formado mucho más tarde. Durante millones de años también, animales y plantas han estado sin sexo. Las primeras manifestaciones de este orden son pobres, mal definidas, sin ardores (amores de peces). Pero gradualmente progresa y se perfecciona la vida.

Durante aquellos siglos un mundo sordo y mudo se multiplicaba en los mares; las islas empezaban á emerger hacia el cielo y lentamente se formaban los continentes. Pronto los reptiles se desarrollan: el ala lleva á las aves en los aires; los primeros mamíferos, los marsupiales, habitan las selvas adornadas con vegetales espléndidos y árboles gigantescos.

Durante la edad terciaria las serpientes se separan del todo de los reptiles perdiendo sus patas (cuyas primitivas soldaduras aún son visibles hoy día); el ave-reptil, arqueóptero, desaparece también; los antecesores de los monos se desarrollan en los continentes al par que todas las especies animales fuertes. Pero la raza humana no existe aún. El hombre va á parecer; semejante al animal por su constitución anatómica, pero más elevado en la escala del progreso y destinado á dominar un día al mundo por la grandeza de su inteligencia. El espíritu humano brilla por fin en la Tierra, contempla, percibe, reflexiona, piensa y raciocina. En la historia del planeta, el hombre ha sido la primera conversación de la Naturaleza con Dios.

Tal fué la vida física de la Tierra, desde su nacimiento solar hasta la aparición de la inteligencia, de la razón y de la conciencia. Así, sin duda, se preparan en lo infinito los gérmenes de las humanidades, así se producen en todos los mun-

dos las formas vivientes del espíritu, sin las cuales no sería el cielo más que un abismo inconsciente. ¿De dónde vienen las almas y dónde van?

«*Les mondes, dans la nuit que vous nommez l'azur,
Se jettent, en fuyant, l'un à l'autre des âmes, (1)*»

ha dicho el poeta de las *Contemplaciones*. Á veces es conveniente saber ignorar. Pero el querer estudiar, en la independencia de su pensamiento es lo propio del hombre; y es su gloria, humilde y serena, el marchar paso á paso en la averiguación de la verdad.

(*L'Astronomie*, octubre).

CAMILO FLAMMARIÓN.

LOS TERREMOTOS DE ESPAÑA ⁽²⁾

(*Conclusión*)

Los numerosos documentos que hemos examinado y comparado sobre las catástrofes españolas, han puesto en nuestras manos datos importantes y preciosos. Podemos ensayar hoy el desenvolver la teoría que nos parecerá más apta para explicar todos los hechos observados.

Dícese que Empedocles, desesperado de no poder hallar la explicación de los volcanes, se arrojó al Etna, que guardó al buscador, pero que despidió su sandalia, para demostrar á los mortales la inutilidad de tal suicidio. ¿Está destinado nuestro siglo á encontrar la palabra del enigma del filósofo de Agrigento?

Notemos desde luego que los autores de teorías, sean las que fueren, son especialmente exclusivos. Admiten una causa, la suya, pero rehusan de buen grado que puedan existir á la vez varias causas en la producción de los fenómenos de la naturaleza. Sobre la cuestión especial de los movimientos del suelo, declaramos que los volcanes y terremotos son producidos por una sola y misma causa: la fluidez del núcleo interior líquido é incandescente resistiendo contra la corteza del globo; piensan otros que estos fenómenos están absolutamente separados unos de otros y que los terremotos son debidos á hundimientos

(1) Los mundos huyendo, en la noche que llamáis el azur, se arrojan uno á otro las almas.

(2) Véase la *Revista* de Abril.

en la base de los terrenos causados por la condensación del núcleo interno, las arrugas y pliegues que de ello resultan, ó por el trabajo de las aguas subterráneas desagregando las bases; otros los atribuyen á conmociones producidas por las variaciones bruscas de la presión atmosférica y su efecto en los gases encerrados en el interior del suelo; ven otros en ello los efectos inmediatos de las lluvias; otros ponen en juego las aguas termales y los vapores; otros, la electricidad y el magnetismo terrestre; otros, las mareas interiores producidas en un núcleo líquido por las atracciones del Sol y la Luna, etc., etc. ¿Es bien cierto que toda teoría deba estar cerrada y excluir á todas las demás? ¿No podemos sin ideas preconcebidas examinar los hechos observados y buscar la explicación independiente de ellos? Pasa tal vez en geología lo que en medicina, en la cual no tardan en ser irremediabilmente condenadas por los hechos las teorías más absolutas y más afirmativas, en proporción de la misma pretensión de su exclusivismo.

El actual estado de la Ciencia reclama pues — si los elementos de observación son suficientes — una teoría general é independiente de toda idea preconcebida, que explique racionalmente los fenómenos averiguados.

El primer hecho que á nuestra atención se impone es que hay terremotos volcánicos y terremotos no volcánicos. En la actualidad se conocen en la superficie del globo 323 volcanes en actividad que, de tiempo en tiempo, producen conmociones de naturalezas diversas; el cataclismo de Krakatoa, que extendió poco há el luto y la ruína en las islas del estrecho de la Sonda y causó la muerte de cuarenta mil seres humanos, ha sido producido, como se recuerda, por una erupción volcánica formidable y por la terrible marejada que fué su complemento. Al contrario, los sucesos de España no están en correlación con ninguna erupción volcánica ni con ningún foco de este género. Es este un punto muy importante para la teoría de la Tierra.

Para comprender más fácilmente las causas que están en juego en estos movimientos del suelo, recordemos un instante algunos de los efectos más característicos observados en los terremotos más memorables.

Algunas veces el suelo ondula como las olas del mar. En el mes de Abril de 1871 en Battang, China, los bosquecillos y los accidentes del terreno parecíanse « á buques agitados por las oleadas. » En 1783, durante el terremoto de Calabria, se inclinaban los árboles tanto, durante el paso de las ondulaciones, que á veces *su cima bajaba hasta tocar el suelo!* La misma observación se hizo en 1811 en

Missouri. El 26 de Marzo 1812 en Caracas fué tan marcado el movimiento ondulatorio, que el suelo parecía un líquido en ebullición.

Á veces, en lugar de un movimiento ondulatorio, son sacudimientos de abajo arriba de extraordinaria violencia. El 7 de Junio 1692, en Port-Royal de la Jamaica, desde las primeras sacudidas, todo se hundió confusamente; casas, hombres y animales fueron arrojados á todos lados, algunos habitantes fueron lanzados al aire. «Hubo también algunos, según relaciones de testigos oculares, que encontrándose en la plaza, en el centro de la ciudad, *fueron arrojados por sobre las ruinas hasta el puerto*, y pudieron salvarse á nado!» No es este el solo ejemplo de este género. El terremoto de Riobamba, en 1797, demostró igual fuerza de proyección: un gran número de cadáveres de indígenas fueron arrojados sobre una colina de algunos centenares de piés de altura, situada al otro lado del río.

En otros casos son movimientos rotativos que llaman la atención del observador. En San Stephano se veían, después del terremoto de 1782, dos obeliscos cuadrangulares cuyas distintas partes habían girado sobre su base sin derribarse y solo se mantenían á plomo por un prodigio de equilibrio. Durante el terremoto de Calabria se formó una grieta debajo de una torre de Terra-Nuova; las dos mitades de la torre no se vinieron abajo; pero, cuando la grieta se cerró, volvieron á pegarse sin corresponder entre ellas y presentando la desimetría más singular.

Esas hendiduras son tal vez lo que hay de más desastroso en estos extraños movimientos del suelo. El 10 de Diciembre 1869, los habitantes de la ciudad de Onlah, en Asia-Menor, espantados por los ruidos subterráneos y un temblor muy violento, se habían salvado sobre un collado vecino; estupefactos vieron abrirse muchas grietas á través de la ciudad y desaparecer esta completamente en pocos minutos bajo aquel suelo movable.

El 11 de Abril 1871, cuando el terremoto destruyó la ciudad de Battang, en China, y engulló muchos miles de personas, los hundimientos eran tan considerables, que se entreabrieron montañas y desaparecieron algunas pequeñas colinas.

No sería imposible que los acontecimientos geológicos que acaban de realizarse en España fuesen el preludio de una transformación del suelo más formidable y radical. El estrecho de Gibraltar no es ancho ni profundo y podría muy bien cerrarse por una aproximación de Marruecos con España. No es más que una gran grieta debida también á una dislocación del suelo. Este «detalle» geológico traería un cambio singular en la política de las naciones.

Los desastres causados por estas grietas durante el terremoto de Calabria, en 1783, son entre todos memorables. En Terra-Nuova y en otras ciudades, casas que cayeron en aquellos abismos fueron molidas como yeso cuando aquellas grietas volvieron á cerrarse. Hombres y rebaños en gran número fueron ente-

rrados vivos. Una de aquellas grietas, la de Plaisano, medía 7500^m de largo, 35^m de ancho y 75^m de profundidad. En nuestros precedentes artículos hemos visto que se han producido grietas análogas por los terremotos de España, y que una de ellas se volvió á cerrar sobre un mulo que acababa de caer en ella, dejándole sólo la cabeza fuera del suelo. En Riobamba algunos hombres se salvaron extendiendo los brazos para no ser tragados y saltando fuera, mientras que no lejos de allí desaparecían cuadrillas de hombres cabalgando y mulos cargados.

Todavía una palabra más sobre las grietas de Calabria, que pueden ser consideradas como tipos de estos fenómenos:

La primera relación enviada á Nápoles sobre las escurriduras de terreno, escribe Lyell, que dieron nacimiento á un gran lago, cerca de Terra-Nuova, estaba concebida en estos términos: «Dos montañas situadas á los lados opuestos de un valle se mudaron de su posición original hasta encontrarse en medio de la llanura; allí al reunirse interceptaron el paso de un río, etc.»

No lejos de Soriano, cuyas casas fueron arrasadas por el gran temblor de Febrero, un pequeño valle que contenía un magnífico olivar designado con el nombre de Fra Ramondo, experimentó una revolución extraordinaria. Una multitud de hendiduras atravesaron en todos sentidos la llanura en la que pasaba el río, y absorbieron el agua hasta que los terrenos arcillosos del sub-suelo estuvieron impregnados, de modo que una gran parte de ellos pasó al estado de pasta líquida, y tuvieron lugar extraños cambios en la configuración del país, tomando fácilmente el suelo, hasta una gran profundidad, toda clase de formas. Á más los restos de los collados vecinos fueron precipitados á las cavidades que se habían formado; y mientras que gran número de olivos fueron arrancados de raíz, otros continuaron vegetando sobre las masas caídas é inclinadas bajo diversos ángulos. El pequeño río Caridi desapareció enteramente durante muchos días; y cuando, en fin, se le volvió á ver, se había cavado un lecho enteramente nuevo.

Cerca de Seminara un huerto y una vasta plantación de olivos fueron lanzados á una distancia de 60^m, en un valle de 18^m de profundidad. Al mismo tiempo una profunda cavidad se abrió en otra parte de la meseta elevada de donde había sido desprendido el huerto, y en seguida el río entró allí dejando completamente seco su antiguo lecho. Una casa que se encontraba sobre la masa de tierra transportada al fondo del valle, fué arrastrada con ella, entera, y sin causar daño á los habitantes. También los olivos continuaron creciendo en la tierra que se había corrido al valle y dieron en el mismo año abundante cosecha. Dos porciones de terreno, sobre las que descansaba una gran parte de la ciudad de Polistena, consistente en algunos centenares de casas, fueron desprendidas y transportadas á unos 800^m de su emplazamiento primitivo, en una rambla contigua de modo que la cortaba casi enteramente; y lo que hay de más extraordinario es que muchos habitantes fueron retirados sanos y salvos de los escombros.

Cerca de Mileto, dos alquerías designadas con el nombre de Macini y de Vaticano, y que ocupaban una extensión de tierra de sobre 1600^m de largo por 800^m de ancho, fueron arrastradas á la distancia de 1600^m en un valle. Una choza y varios grandes olivos y morales, cuya mayor parte quedaron en pié, fueron transportados intactos hasta esta extraordinaria distancia. Según Hamilton, la superficie mudada de lugar había sido desde largo tiempo minada por pequeños arroyos, que después quedaron en descubierto por la desaparición de las dos alquerías.

Algunas de las concavidades que se abrieron, parecen resultar del hundimiento del suelo en cavidades subterráneas. Se observó una que se produjo en la pendiente de un collado vecino de Oppido y en la cual fueron precipitados terrenos plantados de viñas y olivos. Después del temblor quedó una vasta cavidad de 150^m de largo por 60^m de profundidad, en forma de anfiteatro.

Y sin embargo, todavía son más terribles las altas marejadas que han sido producidas por ciertos movimientos del suelo.

Nuestros lectores recordarán que en la reciente erupción de Krakatoa, el mar se retiró de los puertos de Anger y Telokbetœng; y al volver, elevado á la formidable masa de 35^m de altura sobre su nivel medio, se tiró sobre aquellas dos ciudades (eran las 6 de la mañana y los habitantes se despertaban), las sumergió y, al retirarse, se llevó habitaciones y habitantes, hasta el punto que, algunos minutos después, el ojo más experimentado no podía siquiera encontrar de nuevo el lugar de su antiguo emplazamiento! Varios buques fueron arrojados por encima de la ciudad á muchos kilómetros de la playa, la que además cambió absolutamente de configuración geográfica. Esta formidable conmoción del mar se extendió hasta el Japón, Panamá y Europa.

Cuando el terremoto de Lisboa en 1755, el mar se elevó á más de 15^m sobre el nivel medio, descendió á igual cantidad por debajo de este mismo nivel, volvió á subir y osciló así cuatro veces consecutivas, barriéndolo todo en las playas. La propagación de este movimiento se sintió hasta Irlanda de una parte, y de otra hasta las Antillas.

Dice Lyell, que «ningún signo precursor advirtió á los habitantes del peligro que les amenazaba, sino un ruido semejante al de un trueno que, de pronto, se oyó bajo tierra, y fué seguido inmediatamente de una sacudida violenta que derribó la mayor parte de la ciudad. En unos seis minutos perecieron 30,000 personas. El mar se retiró de pronto y dejó en seco la barra; después se precipitó sobre la playa, elevándose á más de 15^m sobre su nivel ordinario. Las montañas de Arrabida, Estrella, Julio, Marván y Cintra que están en el número de los puntos más elevados de Portugal, se bambolearon violentamente y, puede decirse, hasta en sus cimientos. Algunas se entreabrieron en su cima que fué hendida y rota de una manera verdaderamente extraña; se desprendieron masas enormes y cayeron en los valles situados en su base.»

Entre los demás acontecimientos extraordinarios del terremoto, cítase el hundimiento de un muelle nuevo, todo de mármol, y que había sido construido á gran coste. Una multitud de personas se habían refugiado allí creyendo que estarían al abrigo de la caída de los escombros, cuando de repente se hundió el muelle con todos los que se consideraban seguros en él, y ni un solo cadáver de las víctimas se vió jamás flotar en la superficie de las aguas.

Gran número de buques y lanchas amarradas por allí, y llenos de gente, fueron tragados por una especie de rebeza ó remolino, y *jamás volvió á aparecer ningún resto en la superficie*. Según algunos autores, en el sitio que ocupaba el antiguo muelle, la sonda no habría podido alcanzar el fondo del mar.

Sin duda que una profunda cavidad se ha abierto y cerrado en seguida en el lecho del río, después de haber engullido todo lo que se encontraba encima de ella.

«Humboldt dice que la porción de la superficie del globo conmovida por el choque de 1.º noviembre de 1755, es igual á cuatro veces la extensión de la Europa entera. El temblor se hizo sentir en los Alpes, y en la costa de Suecia, en los pequeños lagos interiores que se hallan en las orillas del Báltico, en Turingia, en la región plana de la Alemania septentrional y en la Gran Bretaña. Los manantiales termales de Toplitz se secaron, y luégo salieron con ímpetu, inundando todo el país de un agua color de ocre. En las islas de Antioya, en las Barbadas y en la Martinica, así como en las Antillas, la marea que solo sube ordinariamente á la altura de 0^m60, súbitamente, se elevó á la de 6^m; el agua había perdido su color natural y era negra como tinta. El movimiento fué igualmente sensible en los grandes lagos del Canadá. En Argel y en Fez, al norte de África, la agitación del suelo fué tan violenta como en Portugal; millares de habitantes fueron tragados.»

El 28 octubre de 1724, fué destruída Lima por un terremoto. El mar se elevó á 27^m sobre su nivel medio. En Callao, puerto de Lima, se precipitó sobre la ciudad y la arrebató tan radicalmente que no quedó una sola casa. Se encontraron buques echados sobre tierra firme á una legua de distancia de la costa.

El 13 agosto de 1868 empezaron los terremotos que desolaron las riberas occidentales de la América del Sur. El violento temblor de este día se extendió de Arica hasta el Callao, al norte (4875^{km}), y hasta Cabijia, al Sur (2100^{km}). El movimiento de la tierra comunicado al mar, produjo una oleada que medía 13^m de altura, en Iquica, y que partió de allí para extenderse sobre todo el Océano, hasta las islas Chatam, hasta las de Sandwich, etc., con una velocidad dependiendo de la profundidad del mar (creciendo con la profundidad). Esta velocidad, medida de nuevo cuando las oleadas producidas por la erupción del Krakatoa, es de 200^{km} por hora para una profundidad de 300^m, de 500^{km} para una profundidad de 2000^m, de 670^{km} para una profundidad de 3500^m, y es la misma que la de la

propagación de las mareas. Así, por ejemplo, la oleada lunar emplea 16 horas para ir de Arica á las islas Samoa: la oleada del terremoto llegó allí también en 16 horas: la oleada lunar emplea 13 horas para ir de Arica á las islas Sandwich, y lo mismo sucedió con la oleada producida por el terremoto.

No se conoce exactamente el número de las víctimas de los terremotos de España, pero se sabe que este número pasa de 2000. La catástrofe de Ischia (28 Julio 1883) causó 2443 muertos. El cataclismo de Krakatoa hizo más de 40,000 víctimas. Se ha evaluado en la misma cifra las víctimas de los terremotos que desolaron el Perú en Agosto de 1868, é igualmente las del terremoto de Riobamba, en 1797. El de Lisboa en 1755, parece causó 30,000 muertos, y el de Sicilia, en 1693, unos 60,000. La famosa erupción del Vesubio del año 79, que engulló á Herculano, Pompeya y Stabies, parece no llegó á estas proporciones; pero el espantoso terremoto del Asia Menor, del 526, es considerado como causante de la muerte de 120,000 seres humanos.

El suelo sobre el que vivimos no posee, como se ve, las condiciones de seguridad y estabilidad que generalmente estamos inclinados á atribuirle según la experiencia cotidiana de nuestra vida muy efímera. No se pasa día ni hora que no esté más ó menos agitado en uno ú otro punto. La configuración de las costas y el relieve de las montañas se modifican constantemente, ora con una lentitud visible, ora á consecuencia de bruscos sacudimientos. ¿Debemos inferir de ello, como durante mucho tiempo se ha hecho en geología, y como todavía algunas veces se hace hoy, que el globo terráqueo no es sólido en su constitución interior, que ha conservado una temperatura muy elevada en la cual todos los minerales están en fusión; que todavía es casi enteramente líquido, y que el suelo sobre el cual fundamos nuestra historia humana y nuestras esperanzas, no es más que una débil corteza de 50^{km} á 60^{km} de espesor, una película cubriendo una hornaza?

No. Nuestro planeta no tiene este grado de inestabilidad. Si fuese líquido, la atracción del Sol y de la Luna produciría formidables mareas en esta esfera móvil y sentiríamos dos veces cada día pasar estas mareas por debajo de nuestros piés. Además, la precesión de los equinoccios sería diferente de lo que es. Nuestro globo no es una bola líquida cercada por una débil película.

Las medidas de temperatura hechas en el interior de las minas, demuestran que el calor aumenta á medida que se descende; pero la *proporción* de este acrecentamiento disminuye con la profundidad, de suerte que las deducciones relativas á un calor de « doscientos mil » grados en el centro del globo no son

fundadas. Por otra parte, nuestras minas y túneles sólo son superficiales picaduras en el epidermis del planeta.

De otra parte, la presión aumenta con la profundidad y no tarda en hacerse considerable. En estas condiciones es probable que el globo terráqueo no es sólido, ni líquido, ni gaseoso, sino pastoso. Su temperatura interna debe ser todavía de algunos millares de grados.

Pero flota en el espacio en el seno de un frío de 270° bajo cero y no está calentado sino por el Sol. Continúa, pues, enfriándose. Al enfriarse se condensa, se encoge y se estrecha. Hemos dicho que la corteza descansa sobre un núcleo pastoso; y está obligada á estrecharse al propio tiempo que este núcleo.

De ahí pliegues, dislocaciones. Para el planeta esto no es nada, un sencillo temblor, menos aún, una guñadura aislada. Para la humanidad que edifica sus habitaciones sobre este suelo, es mucho.

Esta condensación lenta, gradual, secular, hace que se produzcan vacíos, hundimientos, bóvedas, variaciones de equilibrio, inclinaciones de bancos de roca, etc. Las aguas de las lluvias descienden de la superficie, atraviesan los terrenos permeables, se introducen en las capas de arcilla que encuentran, vuelven á salir cuando estas capas impermeables vienen á igualar el suelo y vuelven al mar por los manantiales, los arroyos y los ríos. Pero estas aguas no vuelven todas, no siempre encuentran una capa de tierra arcillosa que las conduzca otra vez. Penetran los terrenos, empapan las más duras rocas, continúan descendiendo, forman corrientes subterráneas, llegan hasta regiones muy calientes, dan nacimiento á vapores, se combinan con minerales, desagregan ciertas bases, llenan cavernas, buscan salidas y bajan todavía. No se opera toda esta circulación interior sin dar nacimiento á gases y vapores. Añadamos á esto el calor del Sol que calienta perpetuamente el lado de la Tierra girando en sus rayos. Añadamos también la atracción de la Luna, que obra por lo menos sobre las capas exteriores del núcleo pastoso. Tenemos, pues, bajo nuestros pies todo un mundo en actividad. Los movimientos del suelo son los resultados de esta actividad.

La influencia del calor solar es manifiesta por este hecho: que el mayor número de los temblores tiene lugar hacia las dos ó las tres de la mañana, durante el frío de la noche, y el menor número hacia la una ó las dos de la tarde, en el momento del máximo del calor.

Igualmente está confirmada por este hecho, de que el mayor número de temblores acontece en invierno y el menor número en verano.

La influencia de la atracción de la Luna y del Sol está demostrada por este otro hecho: de que hay más terremotos en las épocas de la Nueva-Luna y de la Luna-llena que en las épocas de Cuarto-creciente y Cuarto-menguante. Asimismo, este número es mayor cuando la Luna es perigea que cuando es apogea, y cuando está en el meridiano que cuando está en el horizonte.

La influencia de la presión atmosférica también se manifiesta de un modo más frecuente. Las más violentas sacudidas de los terremotos de España han coincidido, como lo hemos visto, con un periodo de perturbaciones insólito. La misma observación se ha hecho varias veces, así como también por las explosiones del grisú. La presión de los gases y vapores interiores puede ser tal, que la menor rotura de equilibrio decida explosiones produciendo trepidaciones y sacudimientos formidables.

Añadamos aquí que todos los volcanes en actividad ó en el Océano ó en lo largo de las costas; y que el análisis ha demostrado que el vapor de agua del mar compone el solo, casi toda entera, la columna de humo que sale de las erupciones. Podemos pues inferir de ello que los volcanes no son chimeneas poniendo á un globo líquido candente en comunicación con el exterior, sino fenómenos químicos producidos en la corteza del globo por la llegada del agua de los mares, en contacto con las rocas profundas que descomponen. Echad agua fría en la cal fría y produciréis un manantial de calor.

Así, según todas las probabilidades, los terremotos son producidos por las distintas causas que hemos enumerado, al frente de las cuales se colocan las dislocaciones debidas á la contracción secular del globo. Las regiones montañosas ya dislocadas y las regiones volcánicas, están más expuestas á estas conmociones del suelo. La Francia del Norte, la llanura de París entre otras, presentan al geólogo notables condiciones de estabilidad, y no hay que temer que la capital del mundo sea derribada nunca por cataclismos de esta clase. No podría esperarse lo mismo de la Auvernia, cuyos volcanes podrian tal vez despertar, como lo hizo el Vesubio, que en la antigüedad estaba apagado: los ejércitos acampaban en su cráter adormecido. Estos volcanes no están muy distantes del mar. Nuestros antepasados los han visto en ignición en tiempos de la Edad de piedra.

En resumen, la terrible catástrofe que acaba de caer de golpe sobre España habrá dado á la ciencia nuevos avances sobre la solución de este gran problema de los terremotos, y habrá servido para levantar algunos de los velos que nos ocultan todavía la constitución interior de nuestro planeta. También es esto una guerra, la guerra de los elementos contra la humanidad, y sus victimas inocentes son como holocaustos al Progreso. En otro tiempo, estos cataclismos sembraban la muerte y la ruina sin ofrecer al hombre la menor compensación. Hoy, su estudio puede darnos la esperanza de evitar en lo porvenir una parte de estas pérdidas irreparables, cesando de construir las habitaciones humanas en los puntos de

mayor inestabilidad. ¡Ah! en nuestro mismo dolor, no tenemos derecho de acusar á la naturaleza de ser una madrastra y de destruir á los hijos á quienes ha dado la vida, cuando vemos que todos los terremotos reunidos, los ciclones, el rayo y todas las causas de destrucción ajenas á la humanidad hacen incomparablemente menos mal que la que esta humanidad se hace á sí misma, con deliberado propósito, con sus guerras perpetuas, las cuales derraman la sangre de *cuarenta millones* de hombres cada siglo, ó sea más de mil cada día, sin pararse jamás. Así la ciega naturaleza es mucho menos «ciega» que nosotros, porque ella no destruye tal vez más de unos cien mil hombres cada siglo, es decir, incomparablemente menos que la humanidad se asesina voluntariamente á sí misma.

El solo medio de conocer con certeza la composición interior del globo terráqueo, sería abrir un pozo gigantesco de muchos kilómetros de profundidad. Trabajo tal no estaría por encima del poder actual de la industria. Este pozo sería un manantial de calor humanamente inagotable. Si los distintos gobiernos se pusieran de acuerdo para dirigir hacia este objeto todos los soldados de Europa (cada cual empleado según su oficio, etc.), alcanzarían una victoria superior á todas las destrucciones pasadas, presentes y futuras, sacando á luz el misterio que se oculta bajo nuestros piés. Y como, durante este trabajo, se habría perdido la costumbre de batirse, la humanidad habría ganado allí un progreso por partida doble, progreso científico y progreso moral.

CAMILO FLAMMARIÓN.

CRÓNICA

La asociación de socorros mutuos bajo la advocación de Jesús de Nazaret, se ha instalado en la calle de Tallers, n.º 22, piso 2.º. Esta filantrópica asociación es la primera en su clase que ha querido, además de su principal objeto del socorro mutuo, tener un local en donde se puedan reunir los hermanos que la componen para conocerse y protegerse mutuamente, ocupar sus horas de ocio en conferencias instructivas para poder extender su benéfica y filantrópica influencia hasta donde pueda alcanzar su acción, sin limitación de sexos ni edades, disponiendo además en el referido centro, gabinete de lectura con biblioteca propia y todos los periódicos de cambio, que su órgano oficial en la prensa, la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, recibe de todos los países del mundo. La junta de esta asociación, que se compone de personas dignas y de una moral á toda prueba, es garantía para su porvenir y esperamos la protección de las personas simpáticas á esta clase de asociaciones de dentro y de fuera de nuestra localidad, para que puedan cumplirse los santos propósitos que la asociación se propone.

*** VÍCTOR HUGO ha muerto. Los espiritistas se asocian á todas las agrupaciones que tributan al eminente poeta francés un recuerdo de admiración y de aprecio. Víctor Hugo no sabemos que dijera que fuese espiritista, pero lo era convencido y práctico y uno de los primeros campeones de la nueva luz. En los primeros años de nuestra publicación, insertamos ya un discurso del gran poeta, puramente espiritista. Tenemos la seguridad que el ilustre francés á quien tantos y merecidos honores prodiga el mundo ilustrado, desde las regiones serenas donde mora abogará por la rápida propagación del Espiritismo. Le saludamos al aparecer de nuevo en la aurora de su nueva vida.

*** «Un reaccionario bretón, M. du Clesieux, escribió á Víctor Hugo invitándole á que se acercase á la Iglesia.

» Víctor Hugo encargó que se contestara á ese reaccionario, que no juzgaba oportuno cambiar sus opiniones filosóficas para darle gusto.

» En la carta que con tal motivo escribió Mr. Richard Lesclide, secretario del gran poeta francés, se lee:

« Tiene Víctor Hugo la convicción absoluta, de que el sacerdote y el dogma » son malos en todas las religiones positivas, y que su influencia ha sido siempre » funesta á la humanidad. » (*De la Republique Anti-clerical.*)

*** Ha dejado su envoltura corporal á la edad de 74 años la madre de don Miguel Vives, presidente de la agrupación espiritista de Tarrasa. Deseamos á los hermanos Vives mucha conformidad y buenas comunicaciones de su madre.

AVISOS

En el local de la Asociación de socorros mutuos de Jesús de Nazaret, Tallers, n.º 22, 2.º, se ha establecido una sucursal de la administración de esta REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS, en donde se reciben suscripciones.

En la calle de Trafalgar, n.º 55, bajos, taller de encuadernaciones y depósito de libros espiritistas, se admiten también suscripciones á la REVISTA, dirigiendo los giros, pedidos y correspondencia á D. Manuel Soler, dueño de aquel establecimiento.

La dirección, redacción y administración de la REVISTA, que antes estaba en la calle de Dou, ha pasado á la calle de Lauria, n.º 81, 2.º, 1.ª puerta.

La Dirección, redacción y administración del periódico *El Faro* se ha trasladado á la calle del Rech condal.